

how they mirror significant patterns in Colombia's recent history.

The book would also have benefited from including the work of journalists, artists, religious leaders, or perhaps novelists who have dealt with Colombia's violence from their perspective disciplines or areas of interest. Too often, we rely too heavily on the advice and admonitions of social scientists that work and teach at leading universities. All of the authors in *Violence in Colombia* are social scientists (except Rodrigo Uprimny, who is a professor of law), and half of the authors are social scientists from the National University in Bogotá. Given the complexity of "the violence" in Colombia, it seems that new approaches from non-traditional alliances could provide new questions and creative dialogue on Colombia's violence.

Seventy five pages of the book are dedicated to documents, appendix and glossary; these sections are extremely useful, and informative in their own right. The documents section contains texts on the Constitution of 1991, dialogue between Colombian intellectuals and *guerrilla* leaders, and excerpts from a 1999 human rights report from Human Rights Watch. These documents help the reader appreciate the complexity of the contemporary Colombian crisis, and challenge students to continue research, study and reflection on the themes presented in the book.

Overall, *Violence in Colombia 1990-2000* is a useful text that will be read by students and scholars alike to help them navigate the often terrible terrain of Colombia's contemporary, complex social and political crises. This book works best when read in tandem with the editors' 1992 collection, *Violence in Colombia: The Contemporary Crisis in Historical Perspective*. The editors, though, should be commended for their efforts in bringing outstanding scholarship from Colombia to the attention of an English language audience. The topic — the devastating, transformative effects of violence in and on society— is universal and urgent.

Michael J. LaRosa

Rhodes College, Memphis

MARY ROLDÁN: *Blood and Fire. La Violencia in Antioquia, Colombia, 1946-1953*. Durham: Duke University Press, 2002. (*A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, 1946-1953*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Banco de la República, 2003).

Este libro trata sobre la Violencia en Antioquia, un *departamento* (provincia) en el noroccidente de Colombia, cuya capital es Medellín. La Violencia, una

guerra no declarada entre seguidores de los partidos Liberal y Conservador, ocasionó la muerte de alrededor de 200.000 personas en las décadas de los años 40 y 50 en Colombia.

En este estudio, Mary Roldán señala que el mayor número de muertes durante la Violencia en Antioquia entre 1949 y 1953 se dio en las zonas periféricas del departamento (Urabá, Bajo Cauca, Noreste y Magdalena Medio), no en los centros industriales o en las zonas cafeteras. Aunque las muertes por la Violencia antes de 1950 sí se dieron en las zonas centrales del Departamento, éstas ocurrieron en forma esporádica y en menor cantidad de lo que sucedería en las áreas periféricas antioqueñas desde 1949. En aquellas zonas donde el gobierno regional era fuerte y gozaba de legitimidad, la violencia no fue una amenaza y generalmente logró evitarse en sus manifestaciones extremas.

El mérito del libro es que muestra las diferentes dinámicas y tiempos de la Violencia en diferentes regiones antioqueñas, enfatizando factores socioeconómicos, culturales y hasta étnicos, por encima de afiliaciones partidistas. Los grupos conservadores de autodefensa, conocidos como “contrachusma”, se salían de control e incluso afectaban a terratenientes conservadores. En las zonas de frontera del departamento, los pueblos con poblaciones no antioqueñas se identificaban con el líder Jorge Eliécer Gaitán, el Partido Liberal y las guerrillas liberales.

Su análisis de la Violencia en las zonas periféricas, basado en sólida evidencia empírica, contrasta con la carencia de un análisis riguroso del papel de las élites económicas y políticas y su papel en ayudar a desatar —y a aprovechar incluso— la violencia partidista de mediados de siglo, tanto en el país como en Antioquia.

Siguiendo las caracterizaciones de la supuestamente “Nueva” Historia colombiana, Roldán califica al presidente conservador antioqueño y rico empresario, Mariano Ospina Pérez (1946-1950), como un político “moderado” que intentó sin éxito concentrar su acción en asuntos “tecnocráticos” y no partidistas. Para la autora, los políticos que ayudaron a desatar la violencia en las zonas periféricas de Antioquia eran los políticos de rango medio, seguidores de Laureano Gómez, conservador nacido en Bogotá.

Desafortunadamente, la autora ignora los nexos y alianzas de Ospina Pérez con políticos de extrema derecha, lo mismo que las reacciones partidistas conservadoras y extremas durante su gobierno, las cuales llevaron a una aguda represión militar y al establecimiento de una dictadura que cerró el Congreso, estableció la censura de prensa, limitó severamente los derechos constitucionales y propició la “elección” sin ninguna oposición de Laureano Gómez como presidente para el período 1950-1954, sentando así las bases para los gobiernos autoritarios que gobernaron a Colombia durante casi una década.

La autora idealiza a los líderes liberales y conservadores antioqueños, quienes supuestamente intervenían en política más como un deber cívico y no como resultado de —lógicas— ambiciones. Esta caracterización se enmarca y es paralela a la construcción de imagen que la elite empresarial antioqueña ha cultivado —con mucho éxito— como “apolítica”, “moderada” y socialmente progresista. Varios académicos, por diferentes razones, han sucumbido ante esta idealización e ignoran la evidencia empírica y la literatura secundaria que muestra una realidad bien distinta. De hecho, para el período en cuestión, la elite empresarial antioqueña, por ejemplo —aliada con los supuestos políticos “moderados” conservadores— apoyó todas las medidas de fuerza de Ospina Pérez (incluyendo el cierre de un congreso dominado por el Partido Liberal que se oponía a otorgarle una protección incondicional a las empresas monopólicas industriales de origen antioqueño). Los ricos industriales antioqueños tenían también una alianza muy cercana con Laureano Gómez, quien se refugió entre ellos en Medellín después de las revueltas espontáneas que se dieron en todo el país luego del asesinato del político liberal Jorge Eliécer Gaitán, en abril de 1948. Aún más, el periódico antioqueño *9 de abril*, subvencionado por los industriales antioqueños, desató una campaña de persecución contra los “nueveabrileros” con artículos abiertamente agresivos, como si existiese en el país un estado de guerra total.

Curiosamente, el mismo Laureano Gómez, percibido por el Departamento de Estado de los Estados Unidos como un fascista que había estado a favor de las potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial, “moderó” su discurso antinorteamericano de décadas acercándose incondicionalmente a los Estados Unidos a partir de 1950, autorizando el envío de tropas colombianas a Corea y otorgando condiciones especiales al capital norteamericano, especialmente al petrolero. En el nivel doméstico, Gómez incluso nombró un gabinete con políticos del Partido Conservador de diferentes inclinaciones y tuvo en los hermanos Gonzalo y Cipriano Restrepo Jaramillo, la quintaesencia de la elite económica y política antioqueña, dos de sus más cercanos colaboradores. Me pregunto si estas medidas de realismo político harían de Gómez un político “moderado” o simplemente un pragmático no necesariamente encasillado en las dicotomías establecidas por la autora, tales como “Ospina Pérez-Laureano Gómez”, “antioqueños-no antioqueños”.

Para otro ejemplo de su dicotomía “antioqueño-no antioqueño”, la autora señala que las directivas de la Federación Nacional de Comerciantes (FENALCO) en Medellín se dirigieron en 1949 al gobernador de Antioquia en forma muy crítica por la radicalización de las disputas políticas. Percibe Roldán esta posición de los comerciantes locales como parte de una supuesta tradición antioqueña. Tendríamos que anotar que el cuestionamiento al gobierno y a los políticos

conservadores —tanto a nivel nacional como local— por parte de FENALCO se dio aún más claramente por parte de la directiva nacional de FENALCO en Bogotá. No podemos olvidar que las posiciones económicas e ideológicas de los comerciantes durante esos años se acercaban a las posiciones del Partido Liberal, mientras que las de la poderosa Asociación Nacional de Industriales (ANDI), basada en Medellín, tenía posiciones que corrían generalmente paralelas a las de los conservadores.

La autora menciona cómo, a pesar de la Violencia, los negocios en Medellín prosperaron —al igual que en el resto del país— y que el presidente de la ANDI señaló que la situación de Colombia en términos económicos era la mejor a pesar de los conflictos políticos. Roldán menciona también la visión del mundo de la elite antioqueña, que venía de su educación con los jesuitas en el Colegio de San Ignacio y en las dos universidades locales. Esta información, aunque interesante, ya había sido señalada en el pasado por la literatura sobre el tema.

Desafortunadamente, la autora limita su investigación empírica básicamente a archivos antioqueños que contienen información de tipo político. No trabaja archivos nacionales, ni archivos de las supuestas élites “moderadas” empresariales antioqueñas, ni buena parte de la literatura existente, lo que le hubiera proporcionado una visión totalmente diferente de la articulación de la Violencia entre el nivel regional y el nivel nacional, lo mismo que el papel de las élites políticas y empresariales en el clima político reinante en esos años. Esto también le habría evitado incurrir en una visión regionalista, y hasta cierto punto idealizada, de la convulsionada historia moderna de Colombia.

**Eduardo Sáenz Rovner**

*Universidad Nacional de Colombia*

**LEONARDO AVRITZER: *Democracy and the Public Space in Latin America*. Princeton: Princeton University Press, 2002.**

Éste es un libro muy importante, que marcará un hito en los estudios de la democratización de América Latina. Su autor, profesor de Ciencias Políticas en la Universidade Federal de Minas Gerais en Brasil, indica que el libro elabora una alternativa analítica a la teoría elitista de la democracia. Según esta última, existiría democracia allí donde hubiere un juego político de competición recurrente por el poder, estructurada a través de elecciones.

Esta visión, identificada entre otros con Robert Dahl y su concepto de poliarquía, es ampliamente aceptada en la politología, la sociología y las relaciones internacionales como una teoría que es suficiente para caracterizar a